

GACETA MINERA Y COMERCIAL.

SUMARIO.

Sección doctrinal:—S. M. el Catedrático.—*Sección oficial:*—*Miscelánea:* Nuevo sistema de protección del hierro.—Reloj fotográfico.—Almería.—Almagrera.—Bibliografía.—Noticias varias.—*Movimiento del Puerto de Cartagena.*—Importación y Exportación.—*Sección Mercantil:* Marcha de los mercados.—Observaciones meteorológicas.—Bolsa.—*Sección de anuncios.*

SECCION DOCTRINAL.

S. M. EL CATEDRÁTICO.

Por ser de oportunidad, porque entra de lleno dentro de los fines de nuestra publicación, y porque, en fin, nos hallamos en un todo conformes con lo que el articulista dice, trasladamos á nuestras columnas el escrito que *El Resumen* publica acerca del extravío en que hemos incurrido, de la mejor buena fé, al perseverar tan calurosamente en el mejoramiento del profesorado.

Verdades irrecusables, que tienen prueba en cualquier momento y en cualquier lugar, son las publicadas; y tan innegable es la necesidad del remedio pronto y eficaz, que, de continuar en el abandono lamentado, concluiremos por tener que renunciar á la ciencia, toda vez que no solamente no se la distingue, sino que aun ese engaño lo pagamos á precios imposibles de satisfacer.

Tal es la enseñanza oficial en España, por punto general. Ahí reside el secreto de que los colegios particulares, con sus enormes matriculas e inconvenientes, se vean concurridos y nos den algún personal aprovechado, si bien produzcan sobresalientes en número escandaloso, que de cierto no serían tantos si en un solo local y á presencia de numeroso é ilustrado público se verificasen los exámenes.

Reservando ocuparnos de nuestra localidad para ocasión más propicia, porque aun se están verificando exámenes, pasamos á insertar el escrito á que venimos haciendo referencia, suscrito por don Severo Franco, á quien felicitamos de verdad, no tanto por su nombre cuanto por su apellido, porque

si no severos, por lo ménos francos lo somos de verdad.

«Los modernos estamos orgullosos con nuestras conquistas, muy excelentes sí, pero no tanto que estudiándolas no pueda verse que no siempre hemos conseguido extirpar los males antiguos, sino mudarles la forma.

Arrojamos los frailes, pero nos quedamos con los empleados y los consejeros de ferro-carriles.

Contra los antiguos privilegios, no hallamos cosa mejor que la creación de otros no ménos irritantes, y en sustitución de la odiada tiranía, hemos tenido la candidez de entronizar sobrados idólos.

Esto es perfectamente aplicable á los catedráticos, verdaderos señores feudales de nuestro tiempo, inviolables, exentos de responsabilidad, impunes é inatacables, colocados en el sétimo cielo de la civilización y defendidos hasta en sus debilidades por todo el que se precia de hombre á la moderna.

En nuestro buen deseo de proteger la ciencia contra el poder, hemos endiosado al maestro, olvidando que no es impecable y no previendo que podría abusar de las armas que le entregábamos.

Y tanto ha abusado, que ya, los que piensan con algo de sindéresis, van comprendiendo que es llegada la hora de declarar que hemos ido demasiado lejos por ese camino y que convendría verificar un escrupuloso ajuste de cuentas para saber si los resultados positivos y tangibles correspondían á la suma de facultades concedidas y sacrificios hechos, ó si por el contrario, sólo habíamos conseguido crear un nuevo olimpo; y entonces era cosa de intentar seriamente que los falsos dioses ocuparan su verdadero lugar entre los hombres.

¡No toqueis al catedrático! ¡Respetad la inviolabilidad sagrada del templo de la ciencia! ¡El profesor no es responsable más que ante su conciencia y la opinión pública: no es esclavo ni jornalero, es el sacerdote de la civilización!

Estos lugares comunes, vacíos y amputados que se repiten como frases de cajón en periódicos y clubs, suenan muy armoniosamente en los oídos liberales; pero es muy extraño nuestro olvido de lo que es rudimentario en la vida moderna, á saber: que el sacerdote, lo mismo que el jornalero y que el maestro y las más altas entidades sociales, tienen sus deberes, tanto más estrictos y acompañados de responsabilidad, tanto más onerosos, cuanto es su retribución y dignidad, cuya importancia ha de ser igual, por lo ménos, á la del producto que debe rendir quien la disfruta.

* * *

¿Cómo, pues, ha cumplido su misión el catedrático de nuestros días? No es ocasión esta de com-

